

Mi nombre es René Alexander Ávila, y desde el año 2012, soy estudiante de japonés. Empecé mis estudios en CENIUES, y desde el momento en el que tuve contacto con el idioma he dedicado una parte considerable de tiempo a algo más que profundizar mi conocimiento del idioma. He intentado comprender la cultura de este país.

Siempre que se habla de Japón y su gente, cosas que salen a plática: como son de disciplinados, ordenados, respetuosos, que tienen un gran aprecio por su propia cultura. Y esas cosas me llamaron la atención desde siempre, y al estudiar japonés pude ver un poco como todas esos aspectos culturales se manifiestan en su idioma y forma de vida lo que me hizo mucho más, querer visitar el país algún día.

Desde el primer día de clases me enteré de la existencia del programa de la Fundación Japón, ya que mi profesora lo menciona y eso emociona a muchos de mis compañeros, al igual que a mí. Así que durante cuatro años seguidos me anoté para participar, y al ser elegido para participar en este programa uno viaja a Japón, que es donde se lleva a cabo a lo largo de dos semanas.

Así que como se imaginaran, el hecho de haber sido elegido para participar en este programa fue una satisfacción enorme, porque finalmente estaba cumpliendo una meta que me había propuesto, y que en ningún momento fue sencillo, pero que el hecho de poder ir a Japón, y ver todo aquello que solo había podido ver en fotos o videos, poder verlo con mis ojos hizo que todo valiera la pena.



El programa tiene sus actividades y horarios establecidos. Aquí es donde uno puede apreciar mucho de los aspectos culturales que mencione al principio. Los profesores siempre estaban puntuales, y se preocupaba porque todos los participantes fuéramos puntuales también. La manera en que se interesan por que la experiencia de todos sea lo mejor posible es algo que jamás voy a olvidar.

A pesar de los horarios el programa permite bastante libertad para poder ir a explorar por cuenta propia y sinceramente, una de las mejores experiencias que uno puede vivir es ir a perderse. Yo me perdí. Enfrentarse al hecho de no saber a qué tren subirme, en que estación bajarme, subirme a un tren que va en la dirección opuesta a la que tenés que ir.

Experimentar estas cosas para mí hizo que todas las horas de estudio valieran la pena. Porque de todo lo que había estudiado o aprendido de alguna manera, siempre había algo que me sirvió para saber qué hacer. Creo que a todos nos pasaría si nos perdemos, ya sea en Japón o en cualquier otro país. Pero para que sufrir sabiendo que se puede elegir disfrutar, y mejorar la experiencia.

En sí, la participación se supone que es académica. Se asiste a clases, pero no son muchas ni son complicadas. Son más bien orientaciones relámpago. Específicamente son instrucciones que dan para que el participante viva mejor las experiencias que ellos tienen programadas. Por ejemplo antes de ir al Castillo de Osaka y que nos dieran un rato libre en el centro de la ciudad nos dieron una introducción al dialecto de esa región. Que es muy diferente al japonés que se estudia en los salones de clases.

Otra parte del programa permite practicar algún tipo de actividad cultural, ya sea escritura tradicional, vestir kimono, ikebana, un arte marcial (aikido), o tocar tambor japonés (wadaiko). En el país existen escuelas de aikido, pero nunca he podido asistir. Así que decidí anotarme en aikido. Y algo que definitivamente no hay en el país es el tambor japonés. Entonces ese era un sí o sí. Afortunadamente pude experimentar ambos, y eso me hizo entender que tan importante es la condición física. Un consejo: si algún día visitan Japón, prepárense físicamente antes para poder aprovechar al máximo la experiencia.



Si algo ha de quedarme de esta experiencia son dos cosas: lo primero son las amistades que hice. Tanto japoneses como de otros países. Al ser un programa internacional, el hecho de poder compartir con tanta gente con quienes teníamos en común el

interés por la cultura japonesa a pesar de lo diferente que nuestros orígenes e historias eran. Ver todas esas diferencias es algo que definitivamente amplía la perspectiva que uno tiene del mundo. Gente con la que hicimos amistad, y que con algunos de ellos aun la conservo. Es algo invaluable.

Al regresar a mi trabajo tenía tantas historias interesantes que mis compañeros de trabajo dejaban de hacer lo que tenían que hacer, o se tomaban descansos no autorizados con tal de escuchar todas las aventuras y experiencias por las que pase y que tenía para contar. Me preguntaban de lo que había comido, de los paisajes. Muchos estaban sorprendido porque cuando regrese, había perdido peso. “¡Es que la comida en Japón es más saludable vos! Decían.

Sobre los paisajes, recuerdo que cuando le mostraba las fotos de un templo en Kioto a una compañera me dijo que la quería imprimir y enmarcar porque le había gustado. Nunca podría hablar de lo que Japón tiene de la misma manera sin haberlo experimentado. Uno puede estudiar y leer muchos libros, pero eso no se iguala a hablar desde tantos recuerdos.

Poder hablar un poco más sobre Japón y lo bueno que tiene, colaborar para que se promueva el interés por la cultura japonesa es para mí una manera de agradecer lo que he recibido de su gente. Y sinceramente me quedo corto. Podría extenderme tanto sobre tantas experiencias. Mi mejor consejo es que si tienen la oportunidad de participar en este programa y otros programas, la tomen.



En el futuro podrá ser que vuelva a ir a Japón, o no, pero si algo me enseñó esta experiencia es a ser paciente y a trabajar por lo que uno quiere, y trato de aplicarlo en mi vida cotidiana. Y es que si las cosas valen la pena ser paciente no es tan malo. Pero hay que trabajar, prepararse, y estar listo para que cuando la oportunidad surja, la sepamos aprovechar.